

¿Fue útil o nocivo para el género humano el descubrimiento de América?

La visión de España a través de los manuscritos del
concurso de la Academia de Lyon 1783-1789

por el Académico correspondiente
Excmo. Sr. D. HENRY MECHOULAN (*)

Excelentísimos Señores,

El hallarme hoy en día entre ustedes me honra doblemente. En primer lugar, porque se me encomendó representar al Profesor Gouhier a quien su avanzada edad impide acudir. Es pues, a instancias suyas y en su nombre que vengo a agradecerles el honor que ustedes le conceden admitiéndole como académico correspondiente en el seno de su ilustre academia.

En segundo lugar, en lo que a mí me atañe, ni que decir tiene que me hallo infinitamente honrado y ante todo muy emocionado. En efecto, mi elección cual miembro extranjero me acerca aún más a España en la que nunca me sentí extranjero, ya que me considero tan español como francés. Sin duda alguna, mis lejanos y, sin embargo, muy cercanos orígenes explican esta vinculación con la hispanidad a la que tanto valoro.

Desterrada en 1492, durante cinco siglos mi familia nunca dejó de hablar un español algo extraño, cuyos giros me encuentro a veces cuándo leo a Cervantes. Lengua de mi niñez y todavía para mis padres, ya muy mayores, lengua de las confidencias y de lo importante, el español fue mi lengua patria, aunque ví la luz en Francia de padres nacidos en Oriente. Dicho idioma fue descrito magistral-

(*) Sesión del martes 21 de noviembre de 1989.

mente por Unamuno con las siguientes palabras: «Recluida allá, en Oriente, sin uso oficial ni literario, quédese en lengua de hogar, en lengua en que se breza a los niños para adormirlos en la paz de su inocencia, en lengua en que cuentan los padres a sus hijos las leyendas de los abuelos, en lengua en que se reza, en el retiro y en el recogimiento del hogar, al dios consolador y corroborador de las fecundas esperanzas. Para ellos, para los judíos, ha sido lengua de recuerdos, de recuerdos preñados de esperanzas. Así, no se ha bastardeado en las torpezas de la burocracia, ni en las mentiras del parlamentarismo, ni en las ligerezas de la prensa. Ha sido la lengua doméstica, la lengua recogida, la lengua de la oración. El hablarla era un consuelo».

Por fin, he de confiarles que si esta tarde tengo el insigne privilegio de ser recibido por ustedes, es porque España, en las negras horas de las barbarie nazi, abrió sus fronteras para acoger a quienes había echado en 1492. Así al honor que ustedes me hacen, viene a sumarse la alegría de sentirme aún más español y la voluntad de seguir sirviendo a este país gracias a mis modestas investigaciones. A mi contento se añade un profundo agradecimiento hacia el Profesor Antonio Truyol que presentó mi candidatura.

A la hora en que nos disponemos a celebrar un acontecimiento que transformó el mundo, el descubrimiento de América, me parece interesante hablarles esta tarde de un certamen propuesto a la Academia de Lyon en 1783 y cuyas respuestas fueron prolongándose hasta 1789, otra fecha célebre si cabe.

La propuesta sometida a los candidatos era la siguiente: «¿Fue útil o nocivo para el género humano el descubrimiento de América?». El inspirador de dicho concurso fue el abate Raynal cuya inmensa influencia queda aún por estudiar y cuya célebre *Historia filosófica y política del establecimiento y del comercio de los europeos en las dos Indias* fue prudentemente traducida al español por el duque de Almodóvar como lo muestra el sabio estudio del Profesor Truyol que analizó esta traducción.

Aunque numerosísimas respuestas llegaron a los organizadores del concurso, no fue otorgado ningún premio y el conjunto de los manuscritos que hemos consultado permanece anónimo, dadas las reglas del certamen. En cambio, el tema de aquel concurso suscitó publicaciones debidas a la pluma de autores conocidos o menos conocidos cual el abate Genty o Mandrillon.

¿Qué es de los hombres desde el descubrimiento de Colón que cambia profundamente tres continentes? Uno de los candidatos escribe acertadamente: «Desde aquel gran acontecimiento, la faz de la tierra cambió completamente. Las potencias de Europa a las que perteneció la gloria de tal suceso y cuyos frutos recogieron fueron ante todo empujados más rápidamente hacia este cambio. Su esplendor y sus fuerzas, su influencia unos para con otros y las relaciones que habían mantenido ya no fueron las mismas. Otras costumbres, otros hábitos fueron sucediéndose entre los pueblos. Todo aquel antiguo orden de cosas desapareció y, sobre las ruinas, se alzaron nuevos monumentos».

Nuestra meta esa sacar de la masa de las participaciones a dicho certamen cuanto se refiere al papel y a las responsabilidades de España. No obstante, antes

de emprender esta investigación, conviene recalcar que la felicidad es la referencia del pensamiento francés en el siglo XVIII y que todo se mide y se relaciona con ella. Generalmente se define a la felicidad como un estado de paz interior que excluye toda agitación que lleva a los extremos. Está hecha de una razonable holgura, de un gozo comedido, de las alegrías que proporciona el inagotable espectáculo de las bellezas de la naturaleza, en pocas palabras, de placeres sencillos siempre a medio camino entre la pasión y la apatía. En tales condiciones, la mediocridad aristotélica vuelve a encontrar a nuevos seguidores. ¡Felices los mediocres! Helvetius explica que «la desgracia casi universal de los hombres y de los pueblos» dimana del reparto demasiado desigual de las riquezas y del vertiginoso contraste entre «dos clases de ciudadanos, una que carece de lo necesario, otra que rebosa con lo superfluo».

Ahora bien, la desigualdad entre los hombres fue incrementada por el descubrimiento de América que produjo exceso de metales preciosos. Doble desgracia: para los individuos y para las naciones de América y de Europa. Nuestros autores comparten la célebre e indignada conmisericordia de Montaigne: América y sus riquezas podrían haber sido descubiertas de manera muy diferente para el mayor bien de los dos continentes. Casi todos los textos que examinamos lo recuerdan y transforman muy rápidamente el pesar en requisitoria en contra de los monarcas españoles y de los conquistadores cuya codicia fue avivada «por la política ávida y baja de Fernando quien obligó a Colón a condenar a los Indios a los trabajos mineros». Las más de las veces, el ilustre navegador es presentado como una víctima de la ingratitud de los monarcas: «¡Colón, la justicia que te rindo será para mí uno de los más dulces deberes! Al formarte, el cielo te destinó a abrir nuevas vías... con alguna suerte más, nos hubieras enseñado a hacer de estos pueblos un nuevo mundo de amigos». Lejos de formar semejante mundo, la sed del oro y la crueldad de los Españoles, descrita por los relatos de Las Casas que toda Europa había leído, dejó aquella tierra cubierta con muertos y agonizantes.

Pero muy rápidamente, la acusación va matizándose. Uno de los autores, sin excusar a Cortés ni a Pizarro, afirma que no son más culpables de lo que fueron sus padres y de lo que hubiéramos sido en su lugar. Presenta la larga lista de las sangrientas conquistas que asolaron Europa durante siglos. Este autor concluye, sin excusar por ello la barbarie: «Ninguno de nosotros en el siglo XV hubiese podido creer que hombres que se negaban a hacerse bautizar tuviesen derecho a vivir y tampoco lo tuviesen sobre las tierras en las que habitaban». Inmadurez de Europa, pero también desacierto en la elección de los enviados. Muchos de nuestros autores quieren descargar a España de los crímenes que generalmente se le achacan, subrayando que los conquistadores no representan a su país: «¡Españoles, perdonad nuestros reproches para con vuestros antepasados, sólo os transmitieron vuestro valor y, como nosotros, aborrecéis su barbarie! Pero ¿qué digo? No eran los descendientes de aquellos fieros castellanos que otrora defendieron su libertad en los montes de Asturias y que rechazaron a los moros bajo los pendones de Cid. ¡Eran las heces de España! ¡Eran soeces aventurerós! España también ofreció al mundo la llamada de la conciencia. A este respeto, el abate Genty se

opone a Montesquieu, adelanta los nombres de Las Casas y de Montesinos cuya patética exhortación recuerda, y recalca el papel benéfico de la religión que entusiasmó a sus ministros con un «celo ardiente por la causa de la humanidad». Según él, los dominicos y los jesuitas desempeñaron un papel ejemplar: salvaron el honor del hombre y de Dios.

Un autor, interesado por el certamen, redactó un informe que publicó separadamente, y en él puso las cosas en su punto e hizo hincapie en lo fácil que resultaba designar a España como chivo expiatorio de los crímenes pasados cuando la Europa de las Luces no se privaba de cometerlos peores y constató con las siguientes palabras la hipocresía de su tiempo: «Mientras odiamos las injusticias y los crímenes de nuestros padres ¿acaso no los hemos imitado reemplazando a las razas de hombres destruidos en América por otras razas arrancadas de otra parte del mundo, mancillando a esos nuevos habitantes con la marca de la propiedad, tratándoles como herramientas para el cultivo y como ruinos objetos de comercio, degradando y profanando a la humanidad?». Si los derechos de la humanidad están escarnecidos, no puede haber felicidad para nadie y lo que ahora se pone en tela de juicio es la esperanza en el progreso y la razón. ¿Cómo puede la Europa de las Luces juzgar la colonización española cuando todas las naciones que la integran son responsables de la servidumbre de los negros, de la trata que tanto beneficia a Inglaterra y a Francia? No basta con haber llevado antaño la desgracia a un continente, ahora Europa tiene que rematar la desdicha de Africa. La reflexión acerca del descubrimiento de América en su vínculo con la felicidad de Europa no puede ni quiere esquivar el problema de la esclavitud. Por lo contrario, la situación de Africa, el destino de los negros ocupan en el conjunto de nuestros textos un lugar casi más importante que el de los Indios. Ya no viven los émulos de Cortés y Pizarro mientras que los negreros impunes causan estragos. «No tememos, exclama el abate Raynal, llamar ante el tribunal de la luz y de la justicia eterna a los gobiernos que toleran semejante crueldad o que no se ruborizan con asentar en ella su poder». El horror a la trata de los negros está descrito en la mayor parte de los textos. La desdicha del negro dimana del amor de Las Casas por los Indios, pues ya se sabe que fue para aliviarlos por lo que propuso el envío de africanos a América, iniciativa de la que no tardó en arrepentirse. Nuestros autores conocen dicho episodio de la colonización y a menudo a Las Casas se le pone en tela de juicio, excusándolo no obstante. Ninguno de los autores a los que hemos examinado, en sus reflexiones preliminares, tocante al problema de la felicidad, separa América de Africa, el destino del Indio de la suerte del negro y todos preguntan: después de haber esclavizado dos continentes ¿somos más felices en Europa? Llegados a este punto, la mayor parte de los textos concluye negativamente. Ya que todo está vinculado con la felicidad, ¿cómo podría Europa gozar de sus crímenes cuando sabe que las únicas ventajas que saca de ellos son el algodón, el chocolate, el azúcar y el añil? A menudo, Colón se ve increpado: «¡Malditos sean los placeres que tan caros le resultan al hombre, maldito sea aquél cuya funesta destreza alzó la barrera que desde el nacimiento del mundo nos separa de América! Casi todos los concursantes han leído a Ber-

nardin de Saint-Pierre que instruye a sus contemporáneos acerca de lo que cuestan los productos de lujo procedentes de las colonias: «No sé si el café y el azúcar son necesarios a la felicidad de Europa, sin embargo, a ciencia cierta, sé que estos dos vegetales causaron la desdicha de dos partes del mundo».

Este primer balance es seguido por una larga denuncia del lujo que se encuentra en la mayor parte de los manuscritos que hemos leído. Antes de examinarla, recordemos que las recriminaciones en contra del bienestar debilitante no son nuevas; se trata más bien de un estribillo conocido por los historiadores y los moralistas. Prolonga las quejas expresadas por los pensadores del siglo de oro que vieron y denunciaron sus primeros efectos. Así Mariana y Quevedo fueron tan atentos a la transformación del hombre español por el lujo que parecieron haber inspirado directamente a numerosos concursantes. Mariana lamenta el lujo bajo todas sus formas porque debilita a un pueblo destinado al ejercicio de las armas: «Deleites que antes no conocíamos han quebrantado... ánimos grandes e invencibles... Más se gasta hoy en golosinas en una sola ciudad, más en postres y en azúcar que en tiempos de nuestros padres no se gastaba en toda España. También Quevedo llora la virtud ancestral gravemente amenazada por el oro y los placeres que procura, un oro americano que cogió en su trampa a aquellos mismos que lo conquistaron: «...pobres, conquistamos riquezas ajenas; ricos, las mismas riquezas nos conquistan». El oro de América fue una riqueza ficticia y momentánea, pues este metal, que no enriqueció a Europa, fue responsable del acrecentamiento de las desigualdades sociales: «Un mayor número de hombres se convirtió en esclavo de un número menor». Uno de los autores pronuncia una verdadera requisitoria: «¿No será esta cantidad de oro que América va vertiendo desde hace tres siglos en Europa la que de día en día va aumentando esa desigualdad demasiado grande de por sí entre las fortunas que pone de un lado todas las riquezas, todos los gozos, de otro todas las necesidades, todas las miserias, que presenta el espectáculo digno de aflicción de la más excesiva opulencia al lado de la más tremenda miseria? Para resumir, Europa sufrió una serie de transformaciones que retrasó el advenimiento de la feliz mediocridad, fuente de toda verdadera felicidad.

Así, en el ámbito de la moral, los hombres llevan todas las de perder con el descubrimiento de América y en los planos económico y político, el juicio emitido sobre los destinos nacionales no es mucho más favorable. El oro de América es, con una sola excepción, el origen de la desgracia de todas las naciones europeas. Asistimos pues a una inversión de los antiguos valores y el tema del mundo al revés tan amado por Gracián reaparece.

Al nivel económico y político, ¿fue España más feliz? Al contrario: todas sus desgracias empiezan con sus riquezas ya que no saca ningún beneficio de ese oro que tanto le cuesta: ¡Cuántos castellanos sepultados en el nuevo mundo! ¡Cuántos fueron allá víctimas del clima y de las tempestades! ¡Cuántos perecieron por la espada de las guerras civiles! «El precio desorbitante de un oro del que España no se benefició fue percibido por numerosísimos autores españoles de aquella época.

Europa pereció bajo el peso de sus conquistas y de sus guerras incesantes subrogadas por el oro de América que fue el «principio activo» de su destrucción. Ni que decir tiene que nuestros autores no aluden sólo a España. Portugal, Inglaterra, Francia no son tratados con indulgencia, sin embargo, se insiste más en el ejemplo español para mostrar que su oro era un poder ilusorio y nefasto.

No obstante, numerosos autores no comparten de manera incondicional los himnos al buen salvaje celebrado por Montaigne. La imagen del Indio desdichado se encuentra a menudo, pero siempre está vinculada con la afirmación de la superioridad de los blancos. Por supuesto, se rindió breve homenaje al imperio de los Aztecas y al de los Incas, pero no cubrían toda América. Antes de la llegada de los blancos, los Indios eran estúpidos y crueles. Según el abate Genty, bebían en el cráneo de sus enemigos y saboreaban carne humana aún palpitante. No tenían «ni industria ni deberes, ni eran precavidos, lo poseían todo y no gozaban de nada en su necia ignorancia, ultrajaban la naturaleza y hollaban sus riquezas y sus dones». Incluso ofrecían el repelente espectáculo de hordas compuestas por hombres reducidos en su mayoría a la condición animal. Uno de los manuscritos recuerda que los Españoles exageraron la belleza de la civilización peruana porque los conquistadores pertenecían «a la clase del bajo pueblo», incapaz de juzgar con discernimiento. Si el Indio fue feliz, lo fue pues de manera zafia, casi animal y ninguno de los concursantes piensa en hacer la apología de un buen salvaje feliz. Por lo contrario, se valen del pretexto del examen de la situación de los Indios para ensalzar la civilización europea, siempre fuente de progreso y de perfectibilidad. La felicidad pasa por la civilización; por lo tanto, la del salvaje es una pseudo-felicidad ya que está sometido a las leyes de la naturaleza. El abate Genty resume en estas cuantas líneas la opinión de todos: «Fue el mero amor por la paradoja y la novedad el que indujo a unos cuantos escritores ingeniosos a afirmar que la vida salvaje era preferible a la vida social... El hombre salvaje es un hombre imperfecto». La vuelta a la naturaleza, tan querida por Rousseau, no es deseada por ninguno de nuestros autores, ni por los que lloran las virtudes ancestrales. El autor de la «Dissertación de Lyon», opúsculo impreso con motivo de este concurso, exalta tanto la grandeza de la civilización que poca importancia le concede a los miles de muertos indígenas agotados por los trabajos en las minas, a los que añade los muertos blancos y negros, todos confundidos, víctimas necesarias del asentamiento en América. Claro está que el indígena conoció la servidumbre; le quitaron sus leyes, pero le dieron otras muy preferibles. Por supuesto, se incendiaron algunas ciudades, algunos pueblos y algunas chozas, pero se construyó más y México es ahora más bello de lo que fue antaño. Los conquistadores cometieron crímenes, es innegable, pero hoy en día, al Padre Eterno se le adora en un país anteriormente idólatra. Todos los informes no llevan tan lejos esta satisfacción. Algunos autores se niegan a absolver a Europa por su civilización de América y recuerdan que los Indios de las posesiones españolas y portuguesas se ven sometidos al peso de las faenas, al cansancio del trabajo en las minas, a los impuestos excesivos, a las vejaciones diarias, en pocas palabras, que sufren una tiranía que siguió los estragos del descubrimiento. Por su parte, Man-

drillon hace notar que si la agricultura en América es próspera, sólo es provechosa para los europeos y, por lo tanto, el trabajo de la tierra no hizo más feliz al Indio, todo lo contrario: «Esos desgraciados Indios están forzados a cultivar para otros campos que antiguamente les pertenecieron». Los Indios explotados no poseen nada y conviene hacer cesar muy rápidamente la opresión y la explotación; de no estar así, «sabrán sostraerse a ellas por sí mismos y encontrar a un vengador que hará revivir a los Incas y a los Moctezumas». Por eso, partiendo de una reflexión sobre la situación de los Indios, conviene considerar nuevamente los vínculos que unen las posesiones americanas a los reinos europeos, y eso para la felicidad de unos y de otros. El mérito de uno de los autores consiste en haber pensado lo que debiera ser un verdadero comercio con América y no un trueque que cambia pacotilla y licores fuertes por productos preciosos y materias primas. Este autor, por otra parte, no se engaña acerca del carácter utópico de su deseo, a saber «un comercio justo y reconocido por la humanidad», un comercio no hecho por tiranos sino organizado por aliados y amigos que reunirán en el Nuevo Mundo todas las naciones: «Se verían pabellones franceses, ingleses, españoles, portugueses y holandeses cruzar tranquilamente el océano y entrar juntos en el mismo puerto y descargar en el mismo puerto y en los mismos almacenes el excedente de las riquezas europeas. Se verían comerciantes de todas las lenguas descansar bajo el mismo techo sin desconfianza y sin más animosidad de la que alienta la emulación de enriquecerse mediante un honrado negocio. Pronto veríamos reinar una feliz armonía entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. Los Americanos ellos mismos vendrían a nuestros puertos para traernos sus riquezas... El mismo Mejicano, el Peruano, el Brasileño, sorprendidos al verse libres y al hallar humanidad en los corazones españoles, nos traerían su oro con el fruto de sus cocoteros y de sus bananos. Irían a Madrid, hasta las galerías de El Escorial, para respirar el aire de libertad bajo la mirada de sus antiguos opresores. Recorrerían con un secreto placer mezclado con amargura esos lugares desde los cuales España les mandaba cadenas y muerte y verterían lágrimas al ver el mausoleo de Cortés».

Nuestros autores están de acuerdo para admitir que de liberar el comercio, Europa ya no se agotará en guerras costosas y sangrientas para defender lejanas posesiones. Dirigiéndose más precisamente a España, el abate Genty y el autor de la «Dissertación de Lyon», le ruegan encarecidamente que se abra al comercio europeo e internacional. El primero insiste en la necesidad de abolir las tasas y en la posibilidad de comerciar libremente tanto en España como en las colonias donde hay que acabar con la tiranía de los gobernadores locales: «Pueblo de España, ¿queréis conservar vuestras colonias del Nuevo Mundo? No esperéis a que rompan, por fuerzas, los vínculos de la niñez en los que queréis sujetarlas. No las encadenéis sino con la felicidad», una felicidad que es el fruto de las luces y que los Españoles empiezan a percibir pese a «los esfuerzos de la Inquisición por ennegrecer las tinieblas... Ya la filosofía pasó más allá de los montes, y los sabios de Madrid oyen las voces de París y de Londres: ya no hay Pirineos». Menos declamatorio, el autor de la «Dissertación de Lyon» empieza por tranquilizar a España. No se trata de devolverles la soberanía a los Incas: «Los tiempos

han cambiado»; los consejos son ante todo económicos: «Franquead la entrada de todos los puertos de la metrópoli, construidlos en vuestras costas, dejad abordar los navíos de todas las nacionalidades, allanad los Pirineos para recibir mercancías y acabad con los aranceles prohibitivos». También es menester concederles la libre explotación de sus minas a los Mexicanos y a los Peruanos con condiciones ventajosas y promulgar leyes «imparciales entre el indígena de América y el oriundo de Castilla».

Lo vemos, España está en el centro de un problema que deja muy atrás el acontecimiento histórico del descubrimiento para hacer una pregunta que no sólo ocupaba a los concursantes de Lyon sino que nos sigue interesando. El conjunto de los textos que hemos examinado propone, para enmendar los males acaecidos por el descubrimiento de América, la abolición de la trata, la cautelosa liberación de los esclavos negros, la emancipación de los Indios, la autonomía económica, y a veces la independencia política de las colonias a los que se espera asociar a las metrópolis mediante una clase de Commonwealth antes de tiempo que permita un amplio movimiento comercial destinado a asegurar la felicidad de los dos continentes. Todos aquellos concursantes ya planteaban a su modo los problemas que suscitan las relaciones político-económicas entre países ricos y países pobres.

La vuelta a la tierra, a la agricultura, goza del favor de la mayor parte de los manuscritos de este concurso, pero el comercio no está ausente de ellos. La ideología de los fisiócratas, cuyo padre podría ser en los albores del siglo XVII Mateo López Bravo con su *De rege et regendi ratione*, se perpetúa hasta 1792 y pone un especial cuidado en el negocio, ya que el principio del libre comercio es la idea clave de aquella doctrina en 1787, doctrina que contra los méritos del comercio interior y exterior emancipado de toda traba. Sobre estas consideraciones, se basa el frío realismo de Chastellux que vuelve a situar las atrocidades cometidas por aquellos a quienes él mismo califica de «culpables conquistadores» en la historia de los hombres, pero también recuerda que los Europeos no necesitaban cruzar los mares para aprender a gustar del crimen, de la violencia, de la rapiña. No se hace ninguna ilusión sobre la naturaleza humana a la que considera malvada como el autor de la «*Dissertación de Lyon*» que afirma que la guerra es para el hombre «una forma de ser». Una vez hecha esta constatación, saca conclusiones totalmente opuestas a la de los manuscritos moralizadores entregados a la Academia de Lyon. La pregunta al concurso puede leerse bajo la pluma de Chastellux en términos que abandonan toda dimensión moral: «¿Es el comercio favorable o contrario a la prosperidad de las naciones?». En ausencia de comercio, de gozos, de placeres, de las voluptades, del lujo que procure, no hay verdadera sociedad porque el hombre poderoso es «el más ruin y despreciable de los tiranos si está desprovisto de gusto, de deseos, de lujo». El gran terrateniente feudal se adueña y guarda de manera egoísta cuanto su fuerza le permite adquirir. Pero que este poderoso se vuelva «sensual», que se convierta en consumidor, entonces dejará de amontonar los productos del suelo, los cambiará por productos coloniales, satisfaciendo así apetitos que alientan el comercio y la industria. Y Chas-

tellux increpa a los moralistas severos que condenan la desigualdad de fortunas que suscitan comercio y lujo: «Acostumbrados a esa desigualdad entre las fortunas de la que os quejáis. Ya no la consideréis como un achaque sino como uno de esos males inevitables a los que expone la actividad de la naturaleza y el vigor de la constitución». En aquella época en que se esbozaban los conceptos de economía moderna, cabe recalcar esta imagen filosófica que quiere dar cuenta de la importancia del capital definido por «todo cuanto el trabajo le trae al hombre más allá de lo necesario» y que se invierte en el comercio y en la circulación de las mercancías. Este implica, por supuesto, la propiedad privada cuyo libre disfrute conduce a la formación de ese mismo capital. Placeres, gozos y lujo asegurados por el comercio, lejos de constituir la desigualdad basada en el poder del tirano armado, tienen efectos benéficos y extirpan la guerra al sustituir al equilibrio del poder de unos cuantos, el de la riqueza de un mayor número. Así «el comercio restituye en algún modo el equilibrio de la sociedad, restablecido por la circulación y la actividad en todos los miembros del cuerpo político». Queda patente que Chastellux considera la agricultura, la industria y el comercio como enemigos del despotismo y de la intolerancia. Aquí ya no se trata para nada de la mediocridad como remedio universal ni de una moderación de los apetitos, pues se defiende la opinión contraria a la de Aristóteles y a toda la tradición cristiana que dimana en ella. No, los mayores crímenes no proceden de nuestros deseos por objetos que sobrepasan nuestras necesidades vitales; dimanen de la violencia que sólo se satisface con el acaparamiento brutal. Al insistir en la importancia de la propiedad fuente del capital, a su vez origen de los intercambios comerciales, Chastellux, con los fisiócratas, entabla una lucha contra el comunismo de los bienes propuesto por el abate Mably que confunde la política con la moral y considera la desigualdad como la causa de todos los males, o el de Dom Deschamps que lleva el principio de la comunidad tan lejos como resulta posible e incluye la de las mujeres.

En el marco de una política que es la de la España de hoy en día, ¿no cabría concebir que los dos continentes se prestasen una ayuda mutua? ¿No se sitúa el descubrimiento de América por España al origen de uno de los mayores problemas de nuestro tiempo? Sin duda alguna, gracias al oro de las Américas, dio Europa un paso adelante y se convirtió en el lugar de la ciencia para el universo y por varios siglos. Pero ¿fue dicho progreso provechoso para todos? A través de esta pregunta se plantean aquí los problemas del tercer mundo. Chastellux no tiene estados de ánimo y se opone a los detractores del mundo moderno que se agotan persiguiendo una prosperidad sin remordimiento. Su reflexión dista mucho de las demás porque lleva aún más lejos y al terreno político los atrevimientos de Mandeville que contestaba de antemano a las recriminaciones de una virtud a la que éste considera sin luces.

¡Qué se apacigüen los Europeos! Los principios económicos están de acuerdo con las exhortaciones éticas así resumidas por Mirabeau: «Independientemente de toda sociedad, el deber natural del hombre es vivir y ser feliz... Nuestra moralidad ha de ser enteramente económica». Pero de ser estrictamente económica y

liberal, al vincular tan estrechamente dinero, felicidad y libertad, esta moral puede esconder, incluso suscitar la opresión económica de una burguesía que sube y que la ironía de Grimm no deja de subrayar: «¿Qué le constestaríais al pobre obrero que os diría?: «pretendéis que soy libre. Pues ¿en qué consiste mi libertad si no poseo la de vivir? Trabajo y me muero de hambre». La propuesta no está pasada de moda y los documentos del expediente que hemos constituido muestran claramente las contradicciones del mundo contemporáneo que surgen verdaderamente en aquella época. En efecto ¿no se pretende que coexistan cosmopolitismo, razón, y espíritu de las cruzadas, las Luces y la esclavitud que llega a su apogeo en 1792, el buen salvaje y los grillos de la servidumbre, la civilización y la virtud? Acaso ¿no sería preferible disponer de menos dinero, vivir de la agricultura sin lujo, como los campesinos del Alto Valais a los que Rousseau nos propone como modelo?

Ya desde principios del siglo, Mandevilla en su *Fábula de las abejas* propone que se ponga un término a la incoherencia y a las contradicciones intimidando a Europa que elija entre dos tipos de sociedad. Una sociedad frugal y honrada, sin crecimiento demográfico, ensimismada, que no despertaría ningún deseo ni tampoco perfeccionaría ninguna inteligencia, o una sociedad rica que atraería los tesoros del universo y sus inseparables compañeros: la codicia, el lujo, la falta de probidad. «A medida que el hombre va avanzando en conocimientos y urbanidad, hay que contar con que sus deseos aumenten, sus apetitos se refinen y que sus vicios se incrementen».

La pregunta hecha por este certamen en cuyo origen se halla España sigue siendo nuestra y el debate suscitado por el abate Raynal, en sus repercusiones políticas y económicas, no está cerrado en absoluto. Al leer los textos examinados, vemos enfrentarse ideologías modernas que nacieron en un siglo que lo esperaba todo de un «perfeccionamiento de la razón universal» al que hubo de transformar en una meta ideal, ya que nunca se vieron los frutos de sus promesas.